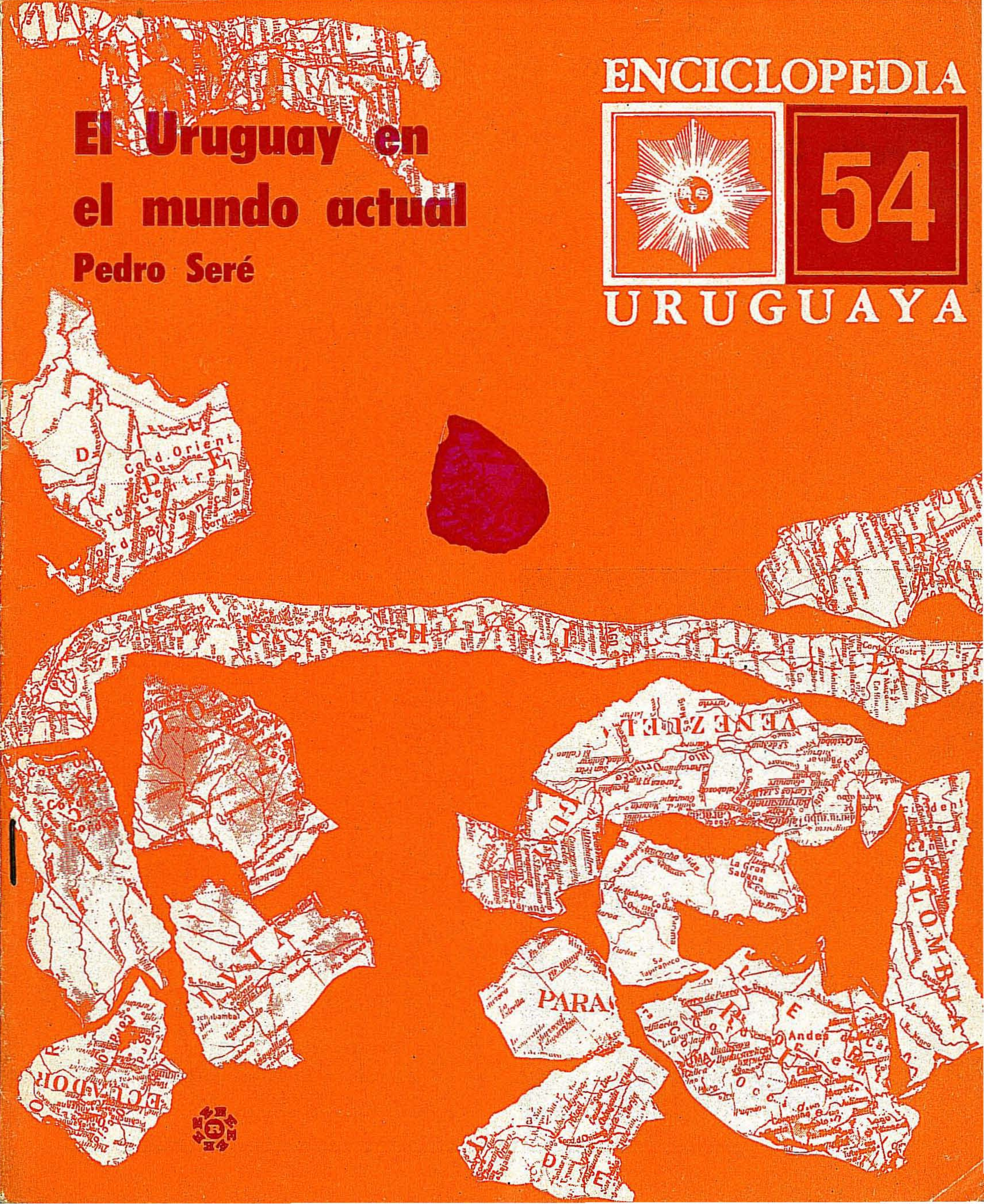
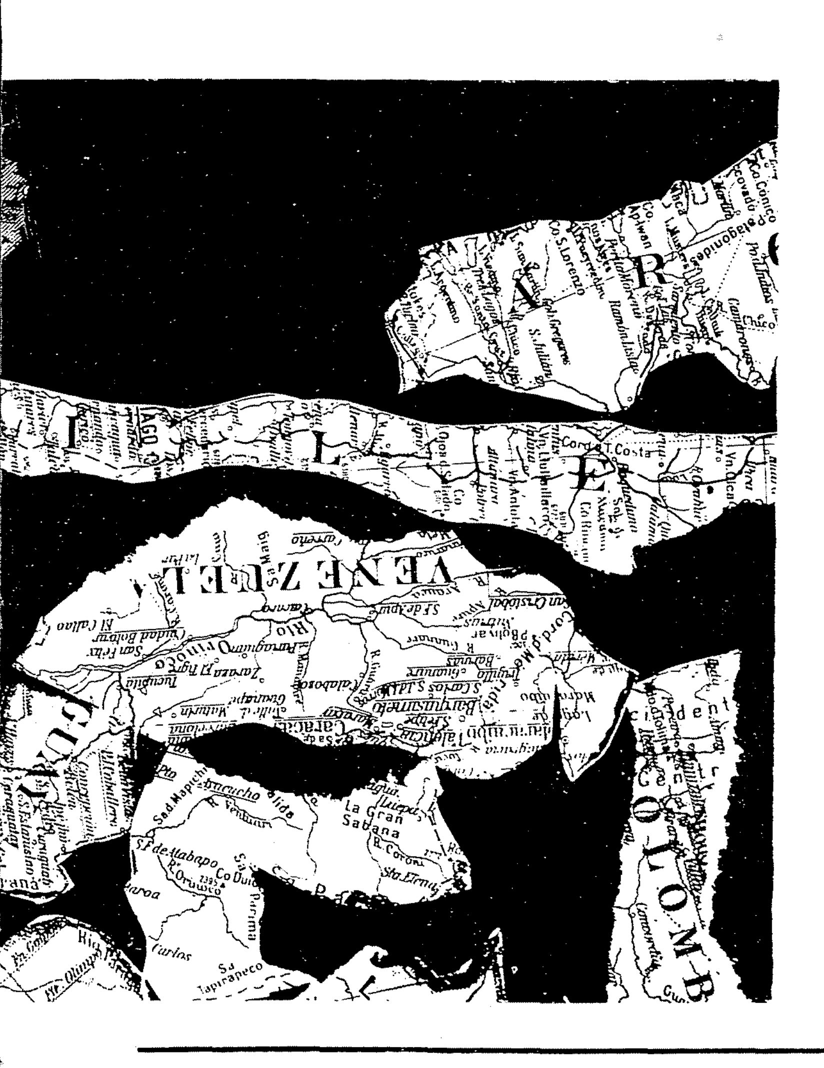


ENCICLOPEDIA
54
URUGUAYA
El Uruguay en el mundo actual
Pedro Seré

El Uruguay en el mundo actual

Pedro Seré



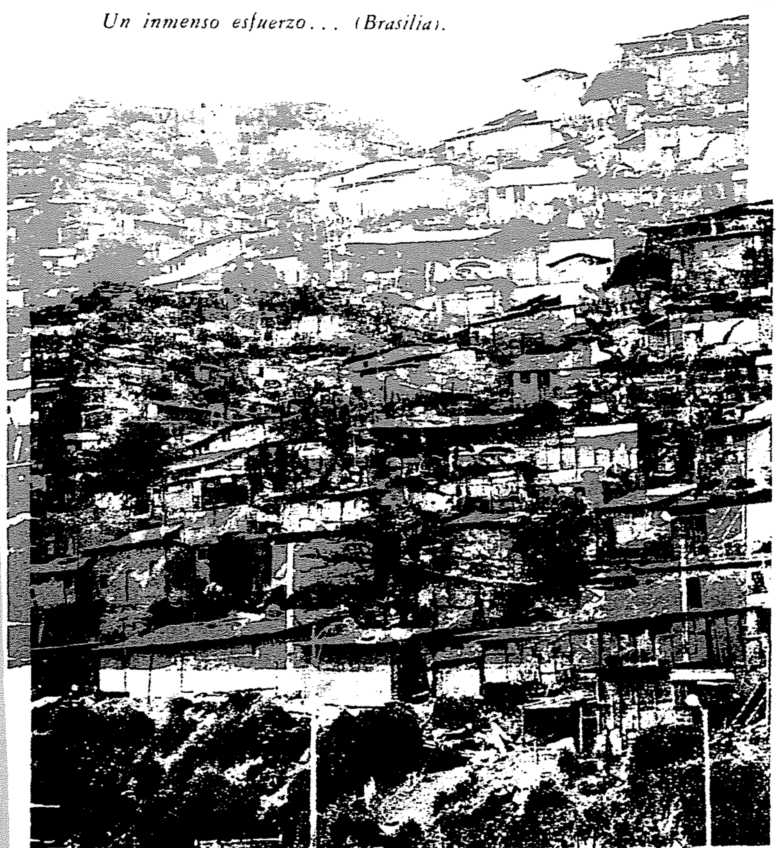
La evolución social que sigue Uruguay a partir de la segunda mitad de este siglo lo va acercando, en más de un sentido, a Latinoamérica. Los nuevos problemas que se nos plantean en todos los órdenes de lo social, aunque son comunes en todo el continente, nos sorprenden: es que hemos vivido, hasta hace muy poco, de espaldas al mismo. Padecemos el mismo estancamiento económico, la misma desintegración del régimen político y de la ideología liberal que, en mayor o menor grado, padece toda América Latina.

Ese encuentro con el presente latinoamericano ha provocado una extendida preocupación acerca del sentido que tiene nuestro futuro como país. "Uruguay: ¿provincia o nación?" y "Uruguay como problema",[1] son los significativos títulos de ensayos destinados a investigar dicho sentido; y todos coinciden en esbozar la misma solución: el destino de Uruguay es lograr su integración con toda la América Latina.

La latinoamericanización de Uruguay, pues, abarca más de un significado: indica que el país se enfrenta con la problemática del subdesarrollo común a todo continente, e indica que sólo en el contexto latinoamericano Uruguay nos aparece como plenamente inteligible.

Para comprender las raíces de esa evolución uruguaya hacia Latinoamérica y sus proyecciones de futuro, es ineludible hacer referencia a los dos grupos de factores que la explican: en el orden interno, las diversas formas de desarrollo que adoptó Uruguay y las razones de su agotamiento; en el orden externo, las diversas formas de dependencia que soportó Uruguay, es decir, el colonialismo y el imperialismo. El lector sabrá disculpar la ineludible generalidad con que serán considerados temas tan vastos.

Un inmenso esfuerzo... (Brasilia).



...por tapar el cielo con un harnero (Caracas, barriadas pobres).

Desarraigo y colonialismo durante el siglo XIX

El desarraigo de Uruguay —del Uruguay urbano— que consistió en vivir el mundo europeo como propio, fue posibilitado por un elevado ingreso por habitante, presumiblemente superior al del resto de América Latina y aún, durante la década 1869-1878, al de los Estados Unidos.[2] Dicho nivel de ingreso se explica en virtud de la elevada cuota de plusvalía que se obtenía del trabajo rural, la cual estaba determinada por dos factores principales: primero, por la alta productividad de dicho trabajo, resultado de la bondad de los factores naturales aplicados a la producción agropecuaria; segundo, por el escasísimo valor de los artículos que integraban el sustento de los trabajadores rurales, lo cual permitía emplear una mano de obra sumamente barata. Durante todo el siglo XIX, la creciente demanda europea —principalmente inglesa— de productos pecuarios, multiplicaba dicha cuota de plusvalía por un volumen físico de producción en constante aumento.

Merced a esas circunstancias y al nivel de ingreso resultante, el país pudo incorporar modelos culturales, hábitos de consumo y patrones ideológicos característicos del mundo que hoy llamamos desarrollado y que era entonces el europeo. Ello no significa que Uruguay, durante la segunda mitad del siglo XIX, fuera un país desarrollado: desde sus orígenes hasta hoy padeció una forma de relación típica del subdesarrollo, que llamamos dependencia.

Las consecuencias del colonialismo: ¿deformación o promoción?

Las consecuencias que ha acarreado a nuestro país su situación de dependencia, constituye un punto no suficientemente profundizado y sobre el cual se han vertido muy opuestas opiniones. Respecto de los efectos del dominio británico, que es el caso que ahora nos ocupa, afirma Methol: "La sujeción inglesa arrasó y condenó al hambre a millones de artesanos hindúes, desmanteló comunidades primitivas, perturbó el curso de culturas secularmente configuradas. Nada de esto ocurrió con nosotros. Nacimos a la historia como «vaquería del mar» y en el Imperio continuamos siendo lo mismo. La diferencia residía en un cambio cualitativo de un mismo fundamento económico. Pasamos del cuero, del sebo, luego el tasajo, al chilled, de tal modo que el imperialismo apareció simplemente como «promoción» de formas de producción dentro de un mismo sendero. El impacto imperialista produjo entonces una conmoción mínima en nuestra estructura, se asentó sobre ella misma. No se cerraron altos hornos como en el Paraguay ni se terminó con una industria incipiente como en el

interior argentino. En su conjunto, el imperialismo fue para nosotros más «progreso» que estancamiento. No comparto entonces la opinión de Vivian Trías de que el imperialismo haya deformado patológicamente nuestras estructuras económicas, aunque eso sea válido en otras sociedades. El imperialismo consolidó las estructuras tradicionales y permitió una holgura relativa. De ahí que el Uruguay no tuviera nunca una aguda conciencia «anti-imperialista».[4]

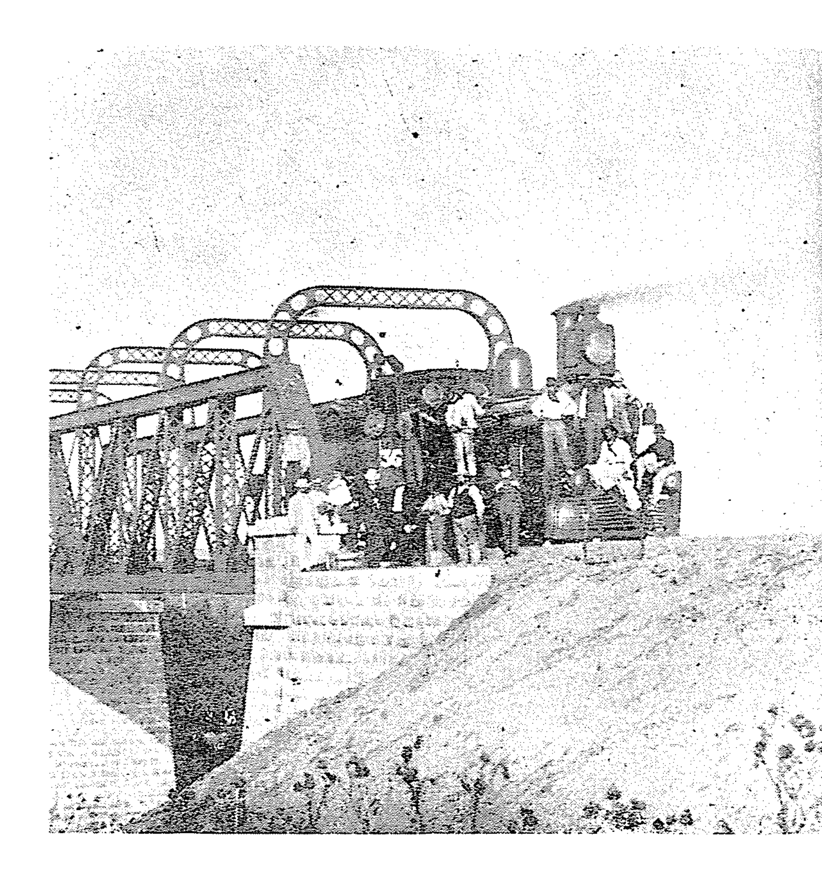
Como el tema es complejo permítasenos, antes de aventurar opinión, adoptar la precaución de precisar los conceptos de dependencia.

Según Lenin, "el imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la tierra entre los países capitalistas más importantes".[5] Desde los países dependientes, esta fase del desarrollo capitalista se advierte básicamente por el cambio en la orientación de la inversión, la cual se cumple no ya para favorecer el comercio sino para obtener ganancias directas; por el aumento de la desigualdad de la fuerza de las partes en las relaciones económicas internacionales, debido a la aparición de los monopolios y monopsonios en los países dominantes; y por la mayor o más permanente ingerencia de los países dominantes en los asuntos internos de los países dominados, como manera de garantizar tanto las inversiones mismas como sus resultados.

De acuerdo con este criterio, el Imperio Británico, durante la mayor parte del período caracterizado por su intervención preponderante en el Río de la Plata, no había alcanzado la fase imperialista de su desarrollo; ninguna de las cinco características enunciadas por Lenin son aplicables al capitalismo antes de fines del siglo XIX: es notorio que hasta entonces predominaba la economía de competencia y no la monopólica, la exportación de mercaderías sobre la de capitales, etc. Mal puede decirse, si se acepta este criterio, que el imperialismo conformó bien o mal las estructuras económicas del Uruguay, desde que éstas fueron organizadas en una etapa del desarrollo capitalista preimperialista, es decir, en la etapa del colonialismo.

La etapa colonialista abarca la vida de Uruguay desde sus orígenes hasta fines del siglo XIX, cuando el capitalismo desembocó en el imperialismo. Durante dicha etapa ocurrió la organización agro-exportadora del país.

Es conveniente subrayar que en todo el proceso de organización nacional Inglaterra tuvo una ingerencia relevante. Aún si la partida de nacimiento de la Banda Oriental se retrotrae a la fundación de Montevideo, cabe recordar que once años antes de ésta se firmaron los tratados de Utrecht (1713); y veintiún años antes el de Methuen (1703). Por éste, Portugal, definitivamente desligado de España, pasó a integrar la órbita inglesa; por aquél, entre otras concesiones, España debió abrir a Inglaterra los puertos de América y debió reconocer a Portugal derechos sobre la Colonia del Sacramento. La propia fundación de Montevideo significó una actitud defensiva ante la proximidad del enclave lusitano, tan celosamente defendido por Gran Bretaña; dicha fundación "ya no respondió, dice Benvenuto, a aquella frase expansiva bajo la cual España conquistó 16 millones de kilómetros cuadrados de territorio de América. Señaló el comienzo de un prolongado ocaso que culminará con la pérdida de sus colonias, anticipada inexorablemente por la pérdida del dominio del mar, pues al promediar el siglo XVIII España sólo poseía 400 ó 500 naves en tanto que Inglaterra disponía de 7.000".[6]

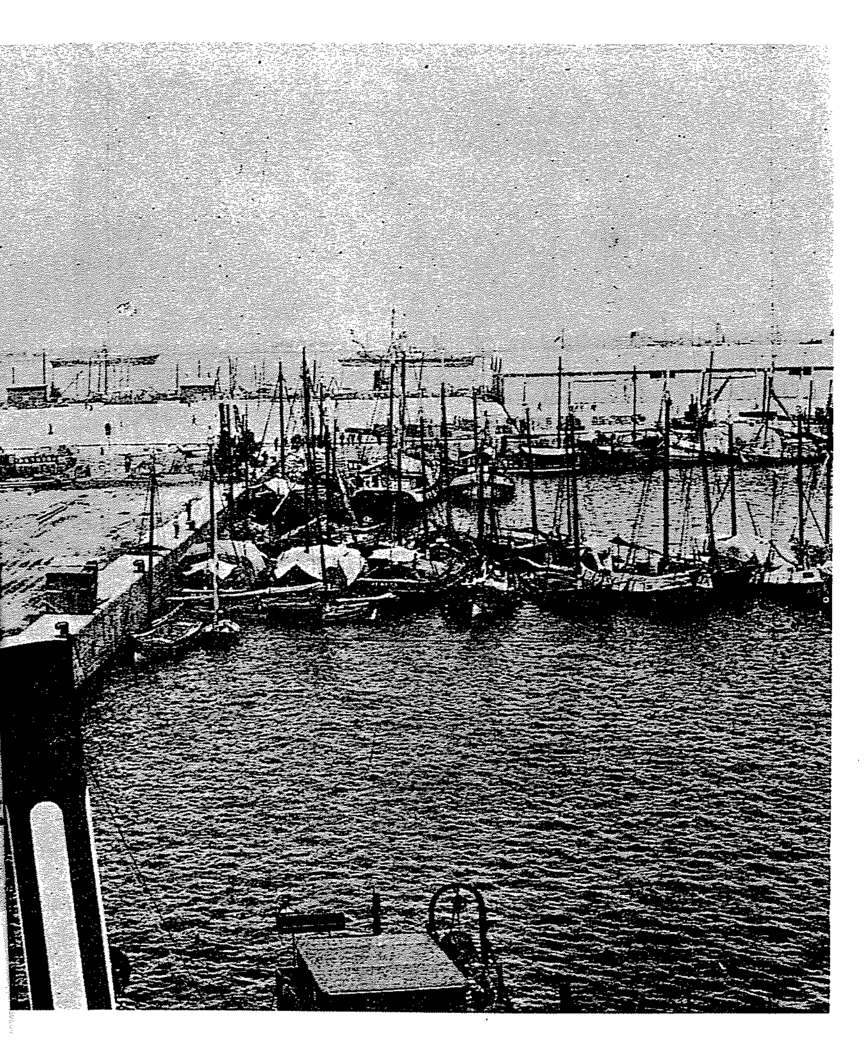


El ferrocarril inglés acercaba carnes, cueros y lanas al puerto...

Mientras la Banda Oriental iba delineando su fisonomía social, Inglaterra extendía y consolidaba su posición hegemónica; el reverso de la derrota de Napoleón y de la ruptura del mundo hispanoamericano, es la culminación del predominio ecuménico británico; bajo su égida la Banda Oriental se transforma en Estado independiente.

La reorganización que debió sufrir Latinoamérica para ajustarse a los intereses británicos, fue costosa; la producción inglesa inundó los mercados americanos y determinó la clausura de industrias locales incipientes; la producción de las colonias debió reajustarse en función de la demanda metropolitana. Nada de eso ocurrió en Uruguay: no fue necesario efectuar ningún reajuste, no fue necesario desmontar ninguna industria, pues Uruguay, prácticamente desde su origen, había sido organizado en función de los

La compartimentación latinoamericana La demanda inglesa



...el puerto nuevo y pujante los llevaba al mundo que era inglés.

intereses británicos; ese ajuste original evitó a nuestro país los inconvenientes provocados en otros por el cambio de metrópoli.

Si desde sus orígenes la Banda Oriental produjo lo que el mercado mundial demandaba, en la cantidad, calidad y variedad que se le exigía desde el exterior, ¿qué criterio puede emplearse para determinar si las estructuras económicas del país fueron o no fueron deformadas por la metrópoli colonial? Que su organización productiva haya sido establecida y ajustada sin un sacrificio social aparente, no garantiza que la misma, desde el punto de vista de los intereses del país, haya sido la óptima.

A nuestro entender, para juzgar los efectos de la dependencia colonial no puede evitarse el valorar todas sus consecuencias posteriores, incluso las que hoy nos traban y limitan. Desde este enfoque, los perjuicios que nos produjo el colonialismo —por demás conocidos— pueden anotarse en dos grandes rubros: el primero consiste en habérsenos desintegrado del resto del continente; el segundo, en haber sido estructurada nuestra vida nacional en función de variables absolutamente incontrolables desde el país.

España estableció en América, de acuerdo con los avances de la conquista, centros de colonización que sólo se vinculaban entre sí a través de la metrópoli; dicha compartimentación americana fue no sólo el resultado de los intereses políticos españoles sino también de las relaciones mercantiles establecidas entre colonias y metrópoli: cada una de ellas se especializaba en la producción de determinados bienes, y todas eran abastecidas por ésta. Inglaterra no jugó un papel puramente pasivo, pues colaboró en la fragmentación de unidades regionales, tal como ocurrió en el Río de la Plata, y prosiguió la referida política de relaciones bilaterales que trababa toda posibilidad de creación de un mercado interno hispanoamericano.

Las sucesivas dominaciones coloniales, en resumen, organizaron a Latinoamérica como un conjunto de regiones económicas no complementarias entre si; pronto habría de comprobarse que el tamaño de algunos de tales compartimentos era exiguo incluso a los efectos de una racional explotación imperialista.

El segundo grupo de consecuencias de nuestra relación de dependencia durante el período colonialista, es más complejo y, según lo señala Methol, incluye aspectos positivos. Es notorio que la dinámica interna provocada por la demanda inglesa, promovió avances en las formas de producción, siempre dentro del esquema agroexportador; la evolución de dichas relaciones técnicas fue permitiendo incorporar nuevas materias primas al proceso productivo, vale decir, fue permitiendo un mejor aprovechamiento de la producción agropecuaria y, por consecuencia, una creciente producción de plusvalía.[8]

La particular estructura de la economía británica explica, en buena medida, los efectos dinamizantes que su desarrollo provocaba en su zona de influencia. Hacia fines de siglo, la exportación de bienes significaba la quinta parte del producto bruto interno británico, y la importación la tercera parte. Inglaterra era, por lo tanto, no obstante su carácter dominante, muy sensible a la situación de sus dominios económicos pues del auge dependía la posibilidad de colocar sus exportaciones; a su vez, del crecimiento económico inglés a través de su demanda, dependía el desarrollo de las colonias. En términos dinámicos, la singular apertura de la economía inglesa era indudablemente ventajosa para el conjunto de sus dominios: dada la importancia relativa de sus exportaciones, el incremento de éstas dinamizaba rápidamente el sistema productivo inglés, el cual, a su vez, respondía demandando productos coloniales en una cantidad aún mayor. La zona dominada por Inglaterra, en consecuencia, podía incrementar su consumo importado con un margen de seguridad razonable de que, en un breve plazo, la economía inglesa le devolvería el estímulo amplificado.[9]

El libre comercio y la confiscación de plusvalía

No fue por razones filantrópicas, sin embargo, que el capitalismo alcanzó su fase colonialista, aunque la ideología dominante haya elevado el libre comercio a la categoría de principio moral. El comercio internacional es imprescindible durante la etapa colonialista del capitalismo, para dar salida a la producción metropolitana y obtener de las colonias materias primas y alimentos abundantes y baratos. Dichas materias primas y alimentos juegan un papel fundamental en el sistema: "Cuando el comercio exterior abarata los elementos del capital constante o los medios de subsistencia de primera necesidad en que se invierte el capital variable, contribuye a hacer que aumente la cuota de ganancia, al elevar la cuota de la plusvalía y reducir el valor del capital constante".[10]

Harry Magdoff, en *Economic aspects of U. S. imperialism* (Monthly Review Press, 1966), proporciona ejemplos, que hoy nos parecen caricaturescos, de esa permanente tarea que cumple la ideología para que la sociedad en su conjunto acepte y apoye el comportamiento económico de la clase dominante. El *American Board of Comissioners for Foreign Missions* explicó la Guerra del Opio "no tanto como un problema de opio o de Inglaterra, sino como el resultado de un magno designio de la Providencia para usar de la maldad de los hombres según sus propósitos de misericordia hacia China, destruyendo su barrera de aislamiento y llevando al imperio a un contacto más inmediato con Occidente y con las naciones cristianas" (*American Board of Comissioners for Foreign Missions,* 32nd Annual Report, 1841). John Quincy Adams, futuro presidente de los EE. UU., explicó el mismo hecho como sigue: "La obligación moral del intercambio comercial entre las naciones está entera y exclusivamente basada en el precepto cristiano de amar al prójimo como a uno mismo"... "Pero por no ser China una nación cristiana, sus habitantes no se consideran obligados por el precepto de querer a sus prójimos como a sí mismos"... El chino "es un sistema grosero y antisocial"... "El principio fundamental del imperio Chino es anti-comercial"... "Es tiempo de que ese enorme ultraje contra los derechos de la naturaleza humana y contra el primer principio del derecho de las naciones, cese" (*Niles' National Register,* January 22, 1842, pp. 327/8).

El comercio exterior, además, permitió a la metrópoli apropiarse de gran parte de la plusvalía producida por el trabajo rural. Es necesario tener en cuenta que si bien el capitalismo, durante la mayor parte del siglo XIX, no había alcanzado la fase llamada imperialismo y que, por lo tanto, aún no se había edificado los grandes monopolios correspondientes a esta última fase, el comportamiento de la metrópoli, como unidad de poder económico, reunía muchas de las características del comportamiento de los monopolios en lo que se refiere a la venta de manufacturas, y de monopsonio, respecto de la compra de materias primas. Todas las ganancias que absorbe la larga cadena de intermediarios que une al productor rural uruguayo con el consumidor británico, provienen de aquella masa de plusvalía a que antes nos referimos; ésta debió ser muy grande para permitir no sólo un alto nivel de vida en el país, sino además

Consumo anual por habitante de algunos artículos de importación en 1872 - 1873

Artículos	*Urug.*	*Argent.*	*Chile*
Azúcar, en kg.	17.93	11.84	9.61
Tejidos y géneros, en mts.	45.23	31.57	12.50
Café, en kg.	1.25	0.48	0.22
Té, en kg.	0.15	0.14	0.09
16 artículos de gran consumo, en pesos	22.00	17.00	7.00

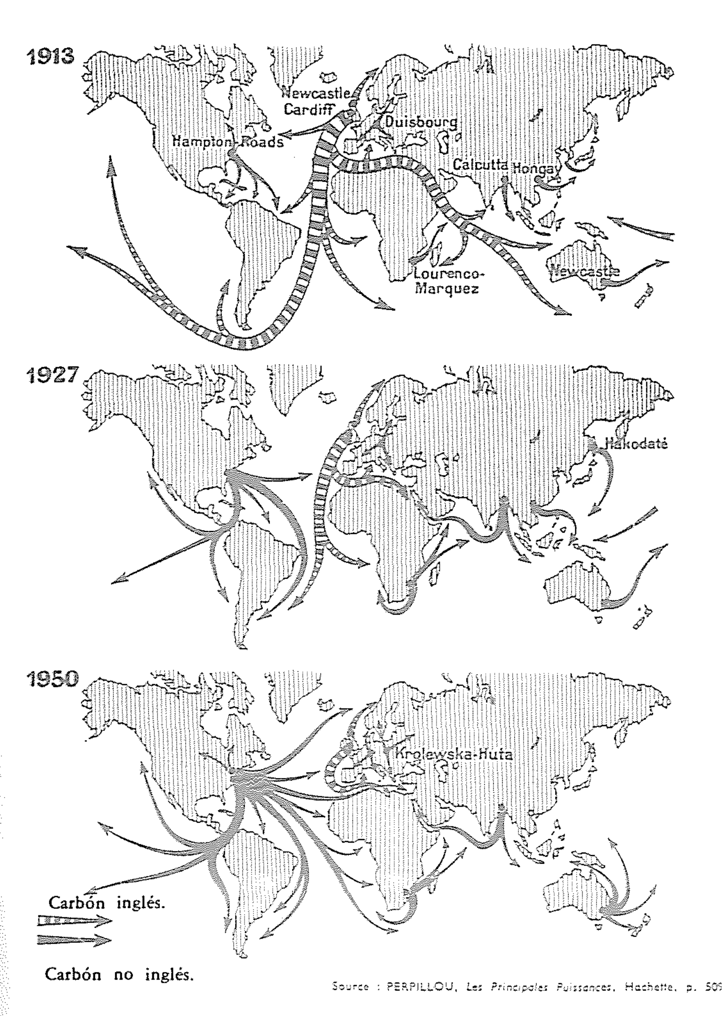
Movimiento comercial por habitante en 1872 - 1873

País	*Importaciones*	*Exportaciones*
Uruguay	$ 46.83	$ 36.22
Argentina	" 34.41	" 25.07
Chile	" 16.40	" 13.44

(Fuente: Eduardo Acevedo. *Anales históricos del Uruguay.* Montevideo. 1933, p. 713-14).

importantes utilidades que fluían a la metrópoli: las utilidades del exportador montevideano, normalmente vinculado a intereses extranjeros, las del transportador, del asegurador, del importador británico, del mayorista, del minorista, del Estado inglés —que percibía su cuota por concepto de tributos— etc. Cuando se analizan los obstáculos que trabaron la acumulación capitalista nacional y, por lo tanto, el desarrollo del país, esta confiscación permanente, bisecular, de la gran parte del esfuerzo productivo nacional, debe considerarse en primera línea; el apoderamiento, que sufrió y sufre toda el área de países dominados —que hoy llamamos subdesarrollados— también explica la facilidad con que los países dominantes cumplieron su ciclo de acumulación de capital durante el siglo XIX, y que hoy sigan ampliando la brecha que los separa del también llamado tercer mundo.

Aquel beneficio, aquel resultado de "promoción" que tenía la demanda británica, a este costo de compartir con la metrópoli los frutos del trabajo uruguayo, contribuye a explicar nuestra afirmación anterior de que uno de los dos pesados gravámenes que nos impuso el sistema colonial fue el de haber estructurado nuestra vida nacional en función de variables incontrolables desde el país. Mientras la vinculación con la metrópoli aseguraba al país un alto nivel de vida, fomentaba asimismo el "desarraigo", traducido en hábitos de consumo europeo, que canalizaban toda la enorme capacidad de importación de que se dispuso en favor de los países dominantes; y al confiscar éstos la mayor parte de la plusvalía nacional, la suerte del país estaba echada: un buen nivel de vida, una alta propensión al consumo importado, un ahorro absolutamente insuficiente como para lograr la independencia económica. Seccionados de América Latina, atamos nuestro destino al de Inglaterra a cambio de una buena renta; a partir de la crisis mundial de 1929, la decadencia británica convirtió aquel impulso en lastre y condicionó gravemente, con otros factores, nuestro destino nacional.



Evolución del comercio internacional de 1913 a 1950. La decadencia de un imperio y el advenimiento de otro.

Las crisis se cortan por lo más delgado. La superproducción de café alimenta el horno de las locomotoras (1930).

Desarraigo e imperialismo en el siglo XX

Tres factores condicionan, con desigual intensidad, la situación de todos los países de la América Latina durante el siglo XX. En primer término, el sistema capitalista competitivo cuya manifestación internacional era el colonialismo, a fines del siglo anterior culmina su evolución y alcanza la fase monopólica, cuya exteriorización es el imperialismo.

En segundo lugar, la hegemonía británica en América Latina es sustituida por la de los EE. UU.; dicho desplazamiento ocurre a lo largo de un proceso que, si bien reviste formas particulares en cada región americana, en sus grandes líneas ocurre entre la primera guerra mundial y la Gran Crisis.

Por último, la crisis del 29 marca el comienzo de un período de la evolución latinoamericana con características propias, dentro del cual se inscribe la situación presente.

Fundamentos del imperialismo

Hacia fines del siglo XIX el capitalismo alcanza su fase imperialista, fase cuyas características ya fueron mencionadas. El resorte central de la política imperialista es la inversión en el extranjero: "En las esferas monopolistas y oligopolistas de la economía, las tasas de ganancia del capital invertido son desiguales, pero predominantemente altas, y la masa de ganancia disponible para la inversión prodigiosamente grande. Esto tiende a reducir el volumen de la inversión total, puesto que las relativamente pocas empresas monopolísticas y oligopolísticas a las que corresponde la mayor parte de las utilidades, no encuentran lucrativo el invertirlas en sus propias empresas y se hace cada vez más difícil invertirlas en otras esferas de la economía".[11] La inversión en el exterior se convierte en una necesidad para el desarrollo del sistema, el cual se beneficia doblemente con la misma: dicha inversión "no sólo significa que

el capital exportado a las regiones coloniales se invierte a un tipo de interés superior al que se habría obtenido en la metrópoli, sino que también da origen a una situación dentro de la cual el tipo de interés (en el país imperialista) tiende a ser más alto de lo que habría sido en otras condiciones. Esto último ocurre porque la plétora de capital que busca inversión en la metrópoli se reduce por razón del lucrativo desahogo colonial".[12]

Las inversiones en el exterior que cumple el capitalismo imperialista se ajustan a diversos criterios: en primer lugar, para obtener utilidades superiores a las que se obtienen en la metrópoli: "Un pequeño dato nos ejemplifica claramente la lucratividad de las inversiones en países subdesarrollados en comparación con los beneficios obtenidos en los países desarrollados. Si analizamos la distribución geográfica de bienes y ganancias de la Standard Oil de Nueva Jersey, la segunda corporación industrial del mundo por su magnitud (la aventaja la General Motors) observamos en las postrimerías de 1958 la siguiente distribución porcentual: [13]

	Bienes	Ganancias
Estados Unidos y Canadá	67	34
América Latina	20	39
Hemisferio Oriental	13	27
	—	—
	100	100

El segundo criterio que orienta la inversión imperialista es el dominar las fuentes de materias primas, sea para obtener ganancias directas e inmediatas, sea para evitar una explotación competitiva; en este último caso no se trata de que la misma inversión sea un buen negocio, sino de garantizar con ella que subsista el buen negocio que constituye el monopolio.

La protección de las inversiones, por último, exige una acentuada intervención del centro imperialista en los lugares de radicación de las mismas, protección que reviste formas de ayuda militar, de presiones diplomáticas, de investigaciones sociológicas, etc. —lo cual implica, a veces la necesidad de efectuar nuevas inversiones.

INVERSIONES DIRECTAS DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL EXTERIOR

(en millones de dólares)

Año	Volumen neto de las inversiones directas de capital	Beneficios de las inversiones directas
1950	621	1.294
1951	528	1.492
1952	850	1.419
1953	722	1.442
1954	664	1.725
1955	799	1.975
1956	1.859	2.120
1957	2.058	2.313
1958	1.094	2.198
1959	1.372	2.206
1960	1.694	2.348
1961	1.467	2.672
Total	13.708	23.204

Fuente: Paul A. Baran y Paul Sweezy: "Notas sobre la teoría del imperialismo". Monthly Review, Selecciones en castellano, Nº 31, pág. 57, abril de 1966.



Lenin: "el imperialismo es la última etapa del capitalismo".



Lázaro Cárdenas: el guerrillero de 1913 madura al presidente que nacionaliza el petróleo en 1938.

Uruguay y el imperialismo

Pues bien: estos fundamentos y estas manifestaciones que reviste uno de los aspectos esenciales del fenómeno imperialista —la exportación de capitales— explica que Uruguay no haya conocido dicho fenómeno sino en forma parcial. El país no ofrece fuentes de materias primas que interesen a los monopolios metropolitanos ni constituye un campo propicio para que las inversiones produzcan las ganancias que exige el sistema.

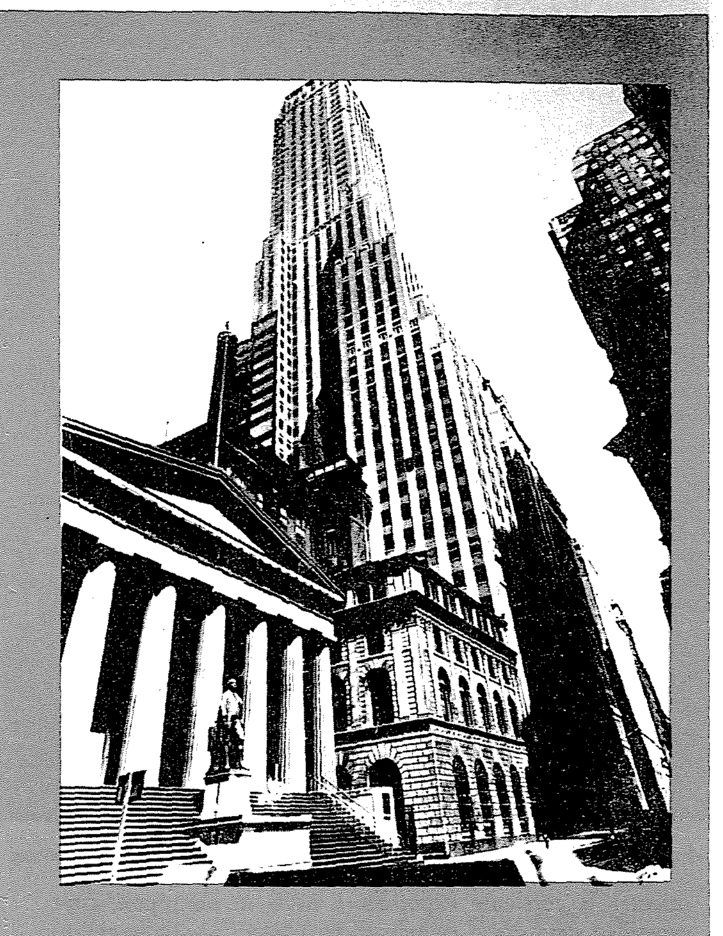
Las investigaciones efectuadas por Cepal confirman esta afirmación: "la distribución de las nuevas inversiones directas entre los diversos países de la América Latina dependió fundamentalmente de dos factores: i) *La magnitud del mercado interno.* En los países que cuentan con vastos mercados relativamente integrados, la demanda interna permite que se establezcan industrias manufactureras financiadas con inversiones extranjeras. En otros países, las perspectivas brindadas al capital privado foráneo en este sector son evidentemente mucho más limitadas".

"Por consiguiente, resulta natural que los tres países con los mercados más grandes de la región (Brasil, México y Argentina) absorbieran por sí solos el 44.8 por ciento del total de nuevas inversiones directas en 1951 - 60"

"ii) *Las perspectivas que ofrecen las exportaciones de productos básicos.* Desempeñaron igualmente un papel decisivo, como se vio en el caso de Venezuela, Perú y Chile"... "Casi no existieron en la agricultura de las zonas temperadas, orientándose las nuevas colocaciones en empresas controladas desde el exterior a otros sectores en la Argentina y disminuyendo en Uruguay (de un promedio anual de 8 millones de dólares en 1951-55 a 4 millones de dólares en 1956-60)".

"Es digno de observar que las perspectivas del mercado interno y de las ventas en el exterior, que determinaron en gran parte la distribución geográfica de las nuevas inversiones de sociedades extranjeras, influyeron igualmente sobre la de los préstamos a largo plazo"...[14]

El mismo informe de Cepal indica las consecuencias de ese desinterés del capitalismo imperialista por el Uruguay: mientras el conjunto de América Latina, por concepto de servicio del capital extranjero a largo plazo, durante el período 1951-60, pagó el equivalente al 18 % del ahorro interno, Uruguay, durante el mismo período y por el mismo concepto, pagó sólo el equivalente del 8.5 % de su ahorro.[15] Es necesario subrayar, sin embargo, que el referido desinterés extranjero por efectuar inversiones en nuestro país, no es más que relativo: existieron y existen varias empresas controladas desde el exterior, tales como los frigoríficos y los ferrocarriles en la primera mitad de este siglo, y actualmente empresas textiles, compañías petroleras, fábricas de pinturas, etc.; pero la importancia de sus actividades no alcanza para modificar las características de la dependencia bisecular del país, el cual, en este orden de hechos, no parece haber atravesado aún las fronteras del colonialismo. Incluso las principales inversiones británicas —ferrocarriles y frigoríficos— corresponden a una zona fronteriza, dada su condición de factores necesarios para

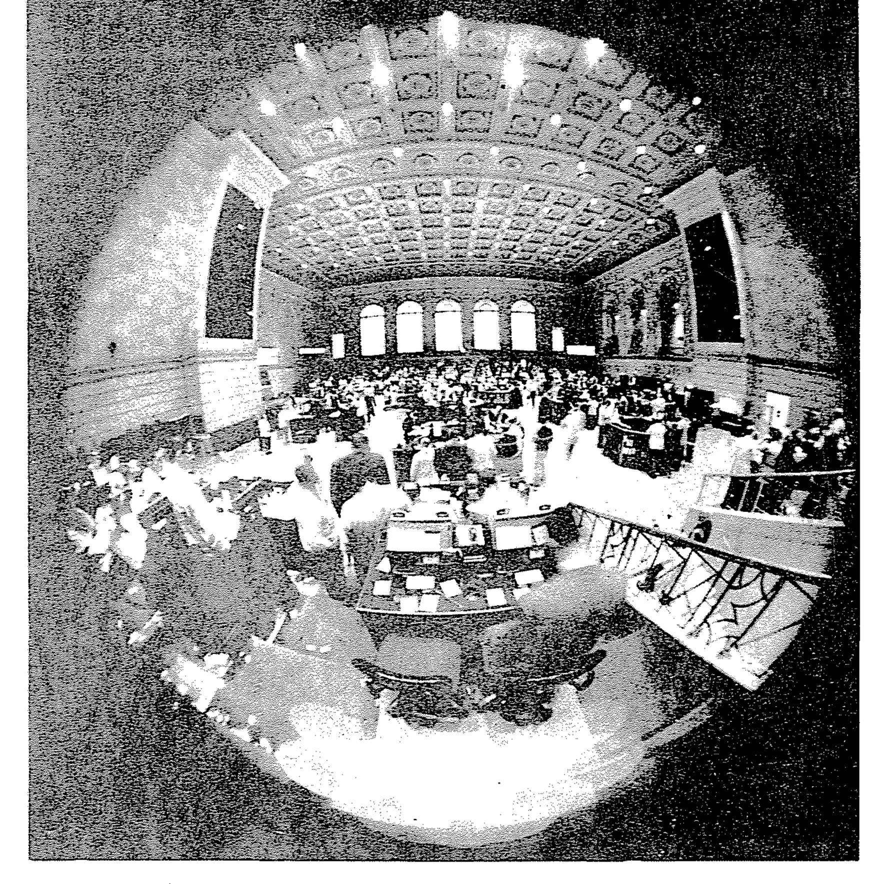


Wall Street. La Bolsa de Nueva York.

DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LAS INVERSIONES DIRECTAS EN AMERICA LATINA (1951-1960)

País	Porcentaje del total regional	Porcentaje acumulado
Venezuela	30.7	30.7
Brasil	17.5	48.2
México	13.8	62.0
Argentina	13.5	75.5
Cuba	5.6	81.1
Perú	5.6	86.7
Chile	4.8	91.5
Panamá	1.7	93.2
Bolivia	1.1	94.3
Guatemala	1.1	95.4
Uruguay, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Haití, Honduras, Nicaragua, Paraguay, R. Dominicana	4.6	100.0

Fuente: Cepal: El financiamiento externo en el desarrollo de América Latina, 1963, pág. 160.





A la izquierda y a la derecha 1.375 corredores autorizados realizan sus operaciones en el New York Stock Exchange. En el centro los corredores de

orientar la corriente exportadora hacia la metrópoli, cuya necesidad desaparece cuando dicha corriente pierde su importancia relativa.

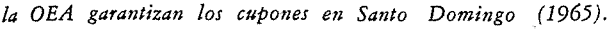
Dicha permanencia de las condiciones de dependencia colonial en plena fase del capitalismo imperialista constituye, por otra parte, un hecho muy explicable: en la dialéctica histórica el momento imperialista asume al colonialista sin eliminarlo; empleando una imagen grosera, podríamos decir que el imperialismo se superpone al colonialismo por cuyo motivo, donde esta superposición no ocurre, la anterior forma de dependencia continúa caracterizando las relaciones con la metrópoli.

Pero si bien el imperialismo no llegó a afectar sustancialmente las relaciones de producción del país, éste no dejó de tropezar con dicho fenómeno, especialmente en los ámbitos comercial y financiero: las actividades del pool del frío, de Bunge y Born en el mercado de cereales y oleaginosos, el contralor extranjero de la banca nacional, etc., —son todos hechos que revelan la presencia imperialista aunque su cumplimiento no requiera necesariamente la exportación de capitales que le es característica. Por último, la política de endeudamiento nacional iniciada en 1959, acercó aquel porcentaje de pagos medidos en ahorro al promedio de América Latina.

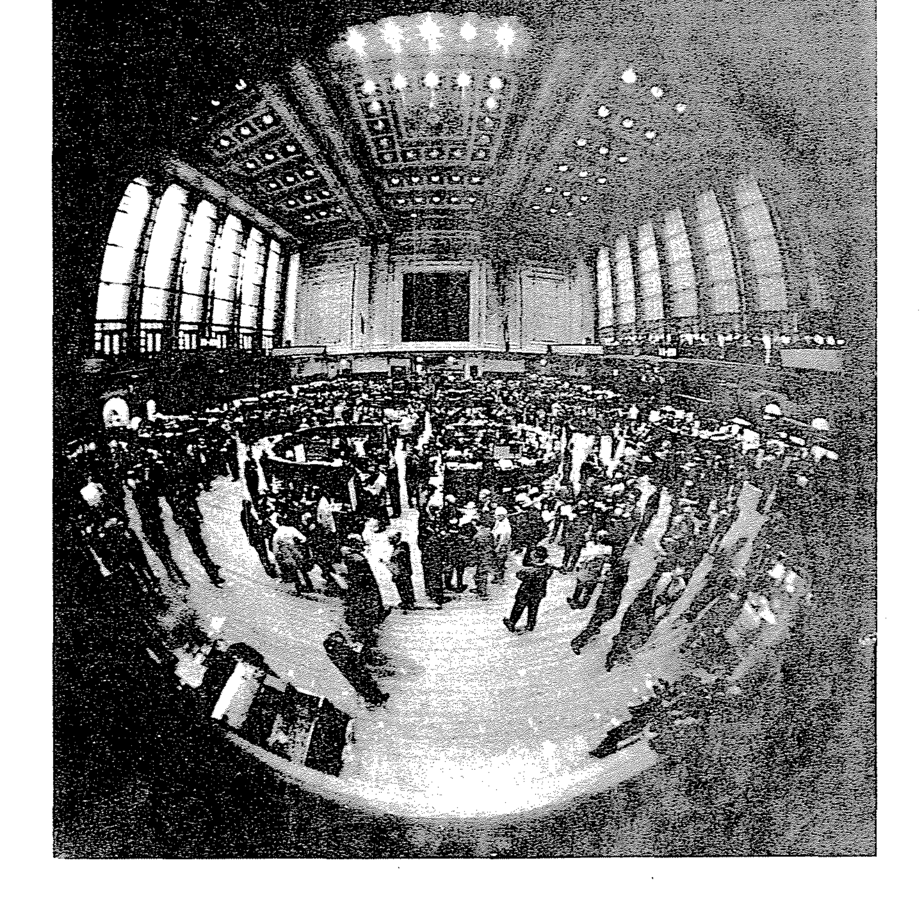
En todos los demás órdenes de lo social, los síntomas de la dependencia del capitalismo imperialista se manifiestan plenamente: en lo político, tales síntomas abarcan toda la gama de posibilidades, desde la sumisión diplomática hasta la total impunidad con que la CIA cumple sus actividades de espionaje y represión, desde el cumplimiento estricto de las órdenes transmitidas por el FMI hasta la imposibilidad de revisar los contratos de las compañías petroleras, etc. En el orden ideológico, los medios de orientación masiva, según es lo corriente, expresan las convicciones de la clase dominante y ésta, del mismo modo que en el siglo XIX interpretó la guerra del opio como un triunfo de la moral cristiana, hoy considera que las inversiones extranjeras y la libre empresa constituyen las bases del bienestar, la democracia y las libertades individuales; la corriente de crítica social y de reafirmación nacional que conmueve a la enseñanza y que recorre todos los centros de estudio de la América Latina, es combatida en el país según las mismas consignas y con los mismos instrumentos que en todas las dependencias del imperio.

El Uruguay actual, en resumen, se vincula con el exterior según un esquema de relaciones complejo; mientras su actividad productiva no rompió sustancialmente los moldes coloniales, su dependencia financiera, política e ideológica corresponde más bien a la fase imperialista del capitalismo. Uruguay no es una excepción en Latinoamérica; la compartimentación impuesta por el colonialismo, organizó al continente según unidades económicas de tamaño apto para producir materias primas, pero exiguas cuando se trata de adaptarlas a las nuevas relaciones técnicas de producción correspondientes a la fase imperialista del capitalismo; las corrientes de inversión imperialista esquivan a los países pequeños y que carecen de materias primas estratégicas, para desembocar en los demás países del continente americano; pero la seguridad de tales inversiones no tolera compartimentaciones: exige que aún dichos pequeños países no rompan el esquema político e ideológico cuya coherencia constituye la garantía de solidez de todo el sistema dominante.





la OEA garantizan los cupones en Santo Domingo (1965).



El ocaso británico y la industrialización de América Latina

La crisis de 1929 obligó a Inglaterra a reestablecer las barreras proteccionistas, abolidas a mediados del siglo XIX, para impulsar el desarrollo de su propia producción agropecuaria; análogas medidas adoptaron los demás países europeos. Desaparecido el factor dinámico que para algunos países latinoamericanos significaba la demanda europea y en función de la cual éstos habían organizado su estructura productiva, los Estados Unidos no colmaron el vacío que dejaba su desaparición.

Las características de la actividad económica norteamericana son muy diferentes a las de la inglesa; en lo comercial, las exportaciones de los EE.UU. sólo representan el 6 % de su ingreso, y las importaciones el 3.5 %; se trata, pues, de una economía poco abierta y cuya actividad tiende a provocar el desequilibrio comercial de sus dominios económicos; esa misma diferencia entre exportaciones e importaciones y su magnitud relativa respecto del ingreso, explica que al aumentar su producto EE.UU. beneficie poco a su periferia; y que el estímulo provocado por el aumento de la demanda de importaciones de la zona dominada, al contrario de lo que ocurría con Gran Bretaña, no sea devuelto ampliado sino disminuido.

Gran Bretaña alcanzó la fase imperialista de su evolución después de haber constituido un centro de dominio colonial; EE.UU. nunca atravesó esta etapa como metrópoli, y no integró, en la misma medida que Inglaterra, la exportación de capitales con la de mercancías; el predominio imperialista de los EE.UU, en resumen, representa respecto de América Latina, líneas más definidas que el británico.

En Uruguay la crisis del 29 penetró a través de la paralización de su comercio exterior; organizado por Inglaterra como economía agroexportadora y pendiente su prosperidad de la demanda inglesa, el cese de ésta lo dejó a la intemperie. El hecho de que la inversión británica en el país fuera de reducida importancia, facilitó, desde el punto de vista inglés, la ruptura de las ligaduras económicas; ese mismo hecho, el pleno dominio de sus medios de producción básicos, permitió al país reorganizarse y superar la crisis por medio del proceso de industrialización que termina en la década de los años 50.

El factor indicado —el dominio de los medios de producción fundamentales— caracteriza la situación de los países latinoamericanos que pudieron adoptar con éxito la política de industrialización. "En algunos países, sobre todo aquellos de economía basada en la industria extractiva (petróleo, estaño, etc.) y en los cultivos tropicales (bananas, azúcar, etc.), la producción se organiza en torno a grandes unidades monopólicas de origen extranjero que funcionan totalmente integradas al recinto de su corporación y por lo tanto al de su economía de origen"... "De múltiples formas, esta clase de dependencia de algunos países —al apropiar y utilizar exteriormente la mayor parte del excedente nacional y al inhibir todo posible efecto inducido sobre la formación de un mercado por la vía

de consumos crecientes y cada vez más complejos— anula todas las posibilidades de desarrollo de un sector industrial, aún en condiciones internacionales favorables".

"Distinto ha sido el caso de los países cuyos principales recursos productivos estaban en manos de propietarios nacionales: las explotaciones ganaderas en el Río de la Plata, el café en Brasil y en Colombia, etc.".[16]

En resumen, pues, aquellos países, como es el caso de Uruguay, donde la relación de dependencia no había sobrepasado sustancialmente la fase colonialista, pudieron enfrentar la opción que les planteaban las consecuencias de la crisis del 29 entre comprimir el consumo importado o sustituirlo por su producción nacional, eligiendo esta última alternativa. Una serie de condiciones internas favorecieron el proceso, las cuales fueron apoyadas por la política de protección gubernativa; poco después, a partir de 1939, la guerra mundial impuso una protección forzada que consolidó la industria incipiente.

La nueva organización productiva permitió al país no sólo recomponer su nivel de vida anterior a la crisis, sino mejorarlo; durante más de veinte años el proceso de industrialización fue expandiendo sus efectos dinámicos como un sustituto de la demanda británica, y con la indudable ventaja respecto de ésta de no estar sujeto, aparentemente, sino a las decisiones que se adoptaban en el propio país.

Uruguay terminó por olvidar las escasas nociones que tenía acerca de su ubicación y de su dependencia; por considerarse igual a las metrópolis, adoptó ridículas posturas de gigante: colonialista sin colonias —que es la forma más triste de serlo— apoyó a Francia contra Argelia; tuvo acerca del subdesarrollo la vaga noción que corresponde a un hecho lejano y ajeno, propio de países de negros e indios; consideró al "imperialismo" como una consigna manejada por los comunistas para desprestigiar a Estados Unidos y aún llegó —imperialista sin imperio— a proponer oficialmente la doctrina de la "Intervención multilateral".

La ilusión duró algo menos de tres décadas; la firma por el gobierno uruguayo de la primer "Carta de Intención" dirigida al Fondo Monetario Internacional, puede considerarse como el reconocimiento simbólico que formula Uruguay de su condición latinoamericana y dependiente.

APORTE NETO DE RECURSOS FINANCIEROS HACIA AMERICA LATINA

Recursos públicos y privados

Año	Total	USA	% USA
1960	1.342	842	62.1
1961	1.755	1.082	61.6
1962	1.739	1.310	75.3
1963	1.374	656	47.7
1964	1.263	885	70.1
1965	1.296	933	72.0
1966	1.933	1.215	62.9

Fuente: Julián Delgado, "Industria, el desafío a la Argentina". Primera Plana Nº 297, 3 de setiembre de 1968.

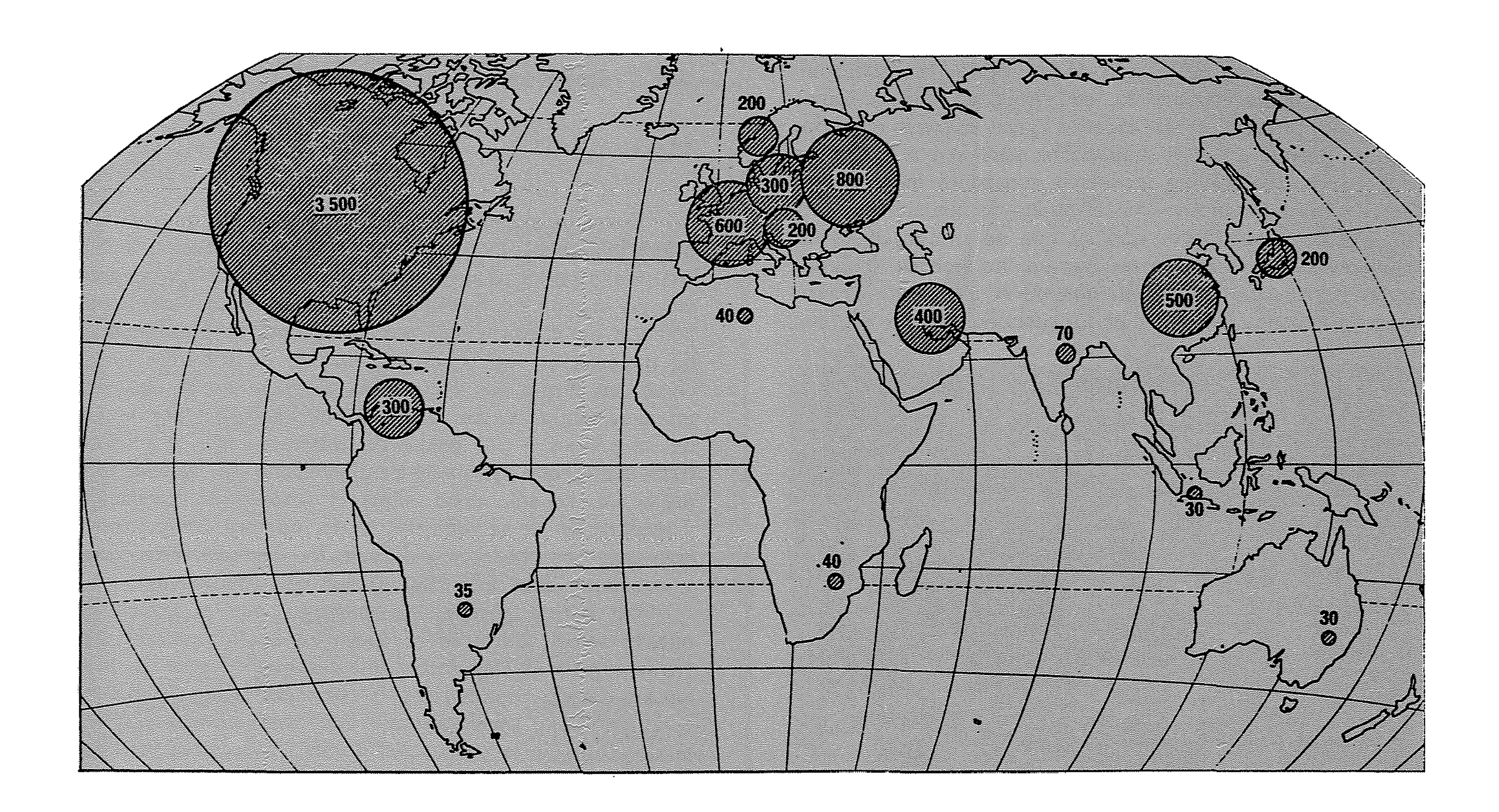


"Técnicas de inversión modernas para obtener el máximo crecimiento de capital para el inversionista exigente". ¡Guambia América Latina!

Uruguay en América Latina

Diversos factores impidieron a Uruguay continuar transitando el camino de desarrollo interno trazado a partir de la crisis del 29; no nos vamos a referir a los factores circunstanciales, alguno de ellos importante, provocados por una situación coyuntural o por una decisión de política económica, que otra coyuntura o decisión permitirían sortear, pues tales circunstancias sólo han acentuado o apresurado la acción de los dos grandes obstáculos que traban el desarrollo del país en el sentido indicado: nos referimos a su tamaño y a su condición dependiente.

Sobre el último punto ya hemos anotado algunas reflexiones; convendría decir dos palabras acerca del concepto de tamaño económico de un país. Se trata de un tema que comienza a preocupar recientemente a los economistas, y es natural, pues hasta que el capitalismo no alcanza su fase imperialista, la actividad económica se basa en multitud de pequeñas empresas, tan reducidas que la producción de cualquiera de ellas por separado no puede afectar el precio de mercado. Entre las ventajas derivadas de la transformación del capitalismo competitivo en monopólico, no es desdeñable la que resulta del gran volumen que adoptan las plantas industriales, y se comienza entonces a advertir que muchos países son exiguos, pues su mercado no puede absorber la plena producción de las plantas cuyas dimen-



Producción de energía en el mundo en 1963. Las cifras están reducidas a millones de toneladas de equivalentes-hulla.

siones son más eficientes. Cada vez es mayor el número de países que pasan a la categoría de pequeños, pues cada vez es más exigente la técnica en cuanto se refiere a la escala de producción óptima.

El concepto de tamaño no es, pues, geográfico —aunque los países geográficamente grandes gocen de otra ventaja: la variedad de recursos naturales— sino que se vincula con el concepto de mercado. Se sabe que un país tiene una dimensión suficiente cuando su mercado no sólo es capaz de absorber la producción de bienes de consumo elaborados por las plantas de tamaño óptimo, sino cuando dichas plantas son capaces de absorber la producción de bienes de capital fabricados en plantas, a su vez, de tamaño óptimo. Pero ni aún esta determinación del concepto alcanza, pues esa absorción de bienes de consumo y de capital puede efectuarla la suma de las demandas interna y extranjera; en este caso, si la producción de un país depende, en gran proporción, de una demanda incontrolable desde el mismo, su situación es vulnerable: en Gran Bretaña se estima que una industria alcanza una posición peligrosa cuando más del 25 % de su producción se coloca en el exterior.[17] Se trata, pues, de un concepto complejo, ya que en su determinación intervienen factores económicos y políticos; y variable en el tiempo, por depender del grado de desarrollo que alcanzan las relaciones técnicas de producción.

El tamaño económico de Uruguay, decíamos antes, trabó la marcha de su evolución industrial; y la trabó, pues impidió la incorporación de aquellas industrias que exigen una gran escala de producción para ser rentables, entre las cuales se cuentan las que fabrican los bienes de capital. La compra en el exterior de los equipos productivos hace perder al país gran parte de la dinámica provocada por el crecimiento industrial: no se produce toda la movilización de recursos inducida por la demanda de bienes de capital —ni la destinada a la producción física, ni la destinada a promover nuevas técnicas de producción o a la investigación científica relacionada con la industria.

Los países de grandes dimensiones detentan, pues, el monopolio de la fabricación de equipos y el de la investigación aplicada, y comparten con los países pequeños la tarea de producir algunos bienes de consumo. Uruguay, como todo país pequeño, debe producir estos bienes en una situación competitiva desfavorable: en primer término, porque no aprovecha las economías de escala, vale decir, las que resultan por múltiples motivos de producir cada artículo en gran cantidad (distribución de costos fijos, capacidad de adquisición de insumos, dominio de las fuentes de materias primas, etc.); segundo, porque no aprovecha las economías externas, o sea las que derivan de la gran concentración geográfica de actividades económicas, lo cual permite el aprovechamiento en común de algunos bienes y servicios, la organización de actividades complementarias, etc.; tercero, porque debe comprar cara la investigación que se cumple en el exterior, cuyo precio se paga incorporado al precio de compra de los equipos o en términos de regalías, por el derecho al uso de éstos; cuarto, porque debe adquirir equipos apropiados para los países productores de los mismos pero inadecuados para el nuestro, desde

que su empleo supone un elevado porcentaje de capital fijo en el conjunto del capital de la empresa, así como un aprovechamiento incompleto, en virtud de que su capacidad de producción es excesiva para nuestro mercado; quinto, porque aquellos monopolios permiten a los países de grandes dimensiones introducir constantes innovaciones en la técnica productiva con el objeto de abaratar sus costos; dichas innovaciones, aún las que no se apoyan en un aumento de la escala de producción, no pueden ser aplicadas por los países dependientes de la tecnología extranjera sino cuando lo autorizan los monopolizadores de ésta.

BALANZA DE PAGOS TECNOLOGICA

Estimaciones para 1964
(Porcentaje de los ingresos y pagos mundiales) *

	Ingresos	Pagos
Estados Unidos	57	12
Reino Unido	12	11
República Fed. de Alemania	6	14
Francia	5	11
Otros países de Europa Occidental	18	25
Japón	1	13
Otros países desarrollados	1	6
Países en desarrollo	—	8
Total	100	100

Fuente: UNCTAD

* Sin incluir las transacciones entre los países socialistas y entre estos países y los países en desarrollo.

La desindustrialización del país

Estas circunstancias desfavorables explican que, en términos generales, el costo de toda nuestra producción industrial sea superior al de la que proviene de países de gran tamaño económico; y obligan a protegerla de dicha competencia por medio de barreras aduaneras, de prohibiciones de importación, de beneficios fiscales, de subsidios —incluido en este rubro el traslado de parte de la plusvalía producida en el sector rural a la industria, sea por la vía de los precios o por medio de tributos— etc. Y, al contrario de lo que afirma el neoliberalismo de manual, esta protección no sólo debe cubrir el período de instalación y maduración de la industria "hasta que sea competitiva", sino que, por obedecer a dificultades de orden estructural y crecientes, debe adecuarse a estas dos condiciones.

No parece posible, sin embargo, que el futuro de nuestro sector industrial se apoye en una protección creciente; aparte de los inconvenientes que provoca la protección cuando alcanza cierta importancia, cuando comienza a ser penosa la reducción del nivel de vida que implica el alto costo de la producción doméstica, factores políticos impiden que se llegue a ese límite. En primer lugar, la renuncia que demuestra en los últimos años la burguesía rural a continuar compartiendo con otros grupos sociales la plusvalía que obtiene del trabajo agrario; en segundo

CUADRO Nº 4

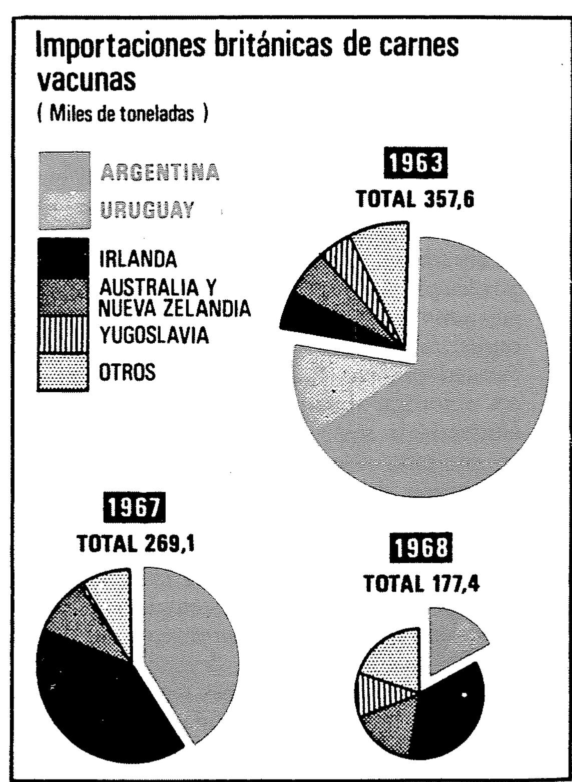
EVOLUCION DE LA PRODUCCION PECUARIA Y SU DESTINO

(en millones de pesos a precios de 1963)

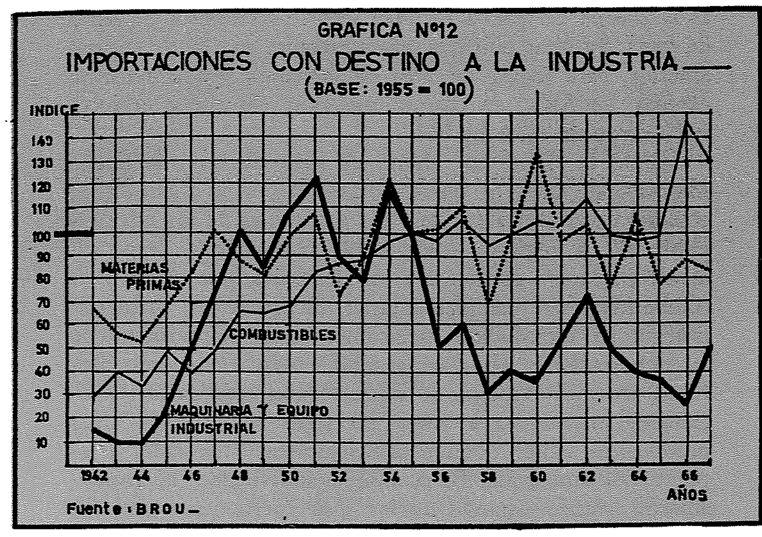
Períodos	Producción total	Destino			Distribución porcentual del destino de la producción		
		Consumo interno	Variación de existencias	Exportaciones (a)	Consumo	Variación de existencias	Exportaciones
1935/37	1.739.9	881.3	75.1	783.5	50.7	4.3	45.0
1938/40	1.802.2	892.5	4.2	905.5	49.5	0.2	50.3
1941/43	1.566.1	981.5	— 229.7	814.3	62.7	— 14.7	52.0
1944/46	1.792.3	896.6	25.0	870.7	50.0	1.4	48.6
1947/49	2.005.0	1.051.3	194.8	758.9	52.4	9.7	37.9
1950/52	2.193.2	1.236.1	38.6	918.5	56.4	1.7	41.9
1953/55	2.302.8	1.318.2	— 42.2	1.026.8	57.2	— 1.8	44.6
1956/58	2.263.1	1.414.3	86.5	762.3	62.5	3.8	33.7
1959/61	2.397.0	1.521.9	102.4	772.7	63.5	4.3	32.2
1962/64	2.455.9	1.586.9	42.9	826.1	64.6	1.8	33.6

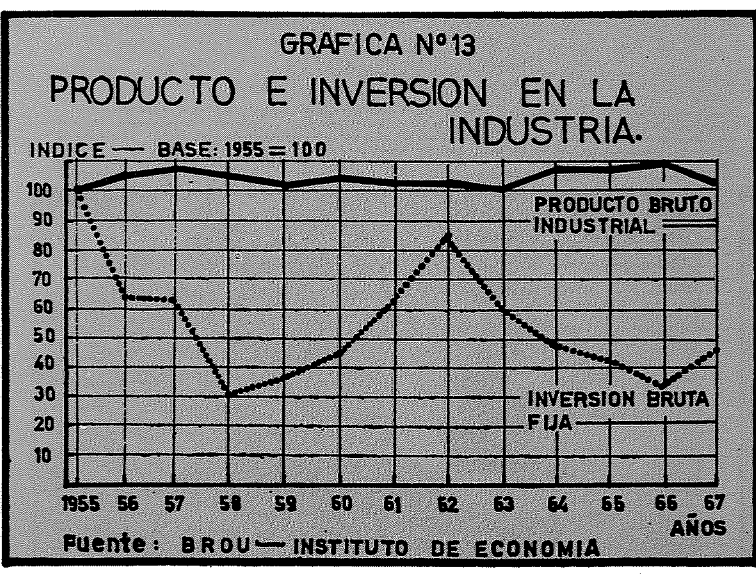
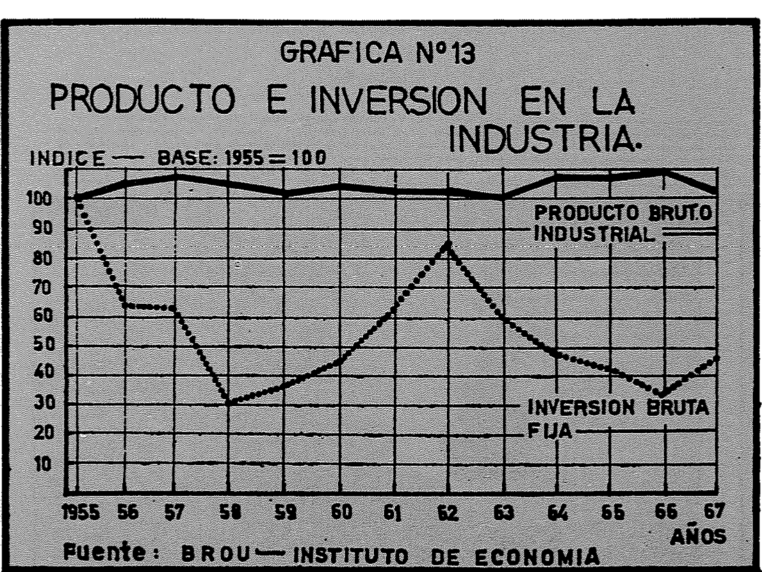
(a) Las exportaciones se redujeron a producto original y se valoraron a los mismos precios empleados en el cálculo del volumen físico de producción.

Fuente: OPYPA y CIDE, sobre datos del BROU (op. cit., tomo I, pág. 59).



"The Economist", 5 de marzo de 1969.





El contraste latinoamericano: Rio de Janeiro.

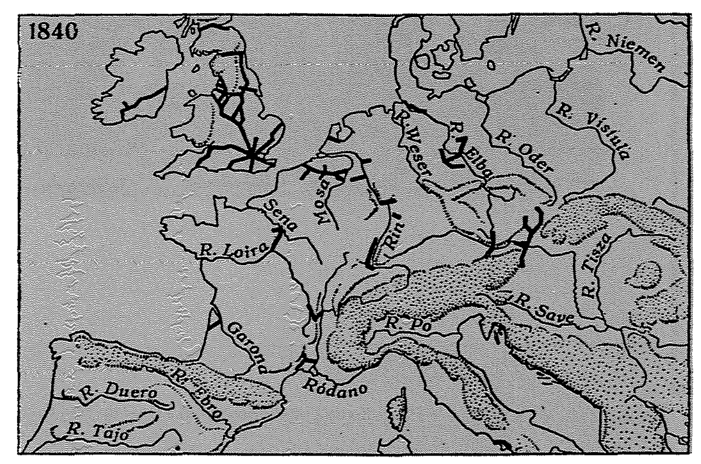
lugar la situación de dependencia en que se ha colocado al país respecto al Fondo Monetario Internacional, en cuyos estatutos se inscribe, no ya como primer deber de las naciones cristianas, pero sí como primer deber de los países miembros, la obligación de abatir las barreras proteccionistas y respetar el principio de la libertad de comercio internacional.

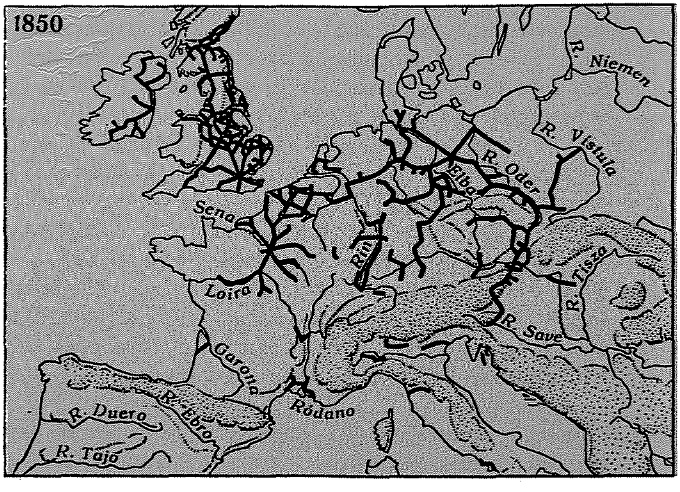
Nuestro futuro industrial no es, en resumidas cuentas, promisor; este hecho ha sido advertido, desde luego, por nuestros capitalistas y explica que, a partir de 1964, la inversión anual bruta fija en el sector no alcance a la mitad de la efectuada en 1955. Uruguay es más que su industria; pero debido a la importancia estratégica que asumió ésta a partir de la crisis del 30, la decadencia industrial ensombrece el futuro del país entero. Todo parece indicar, para contento de algunos nostálgicos, que retornamos a la situación vigente antes de la Gran Crisis, y que nuevamente viviremos de una abundante renta agropecuaria. No nos engañemos: en cuarenta años el país ha cambiado mucho —y el resto del mundo más que nosotros. Debido al estancamiento de la producción pecuaria, al aumento de la población —1.200.000 habitantes más que en 1930— y al aumento, mayor en proporción, del consumo de productos pecuarios, ya no contamos con los saldos exportables que posibilitaron aquella hermosa época, ni se avizora en el horizonte político la proximidad de ninguna reforma agraria capaz de dinamizar la producción. Ya no disponemos tampoco de una demanda segura como hasta el 30, y quienes proponen tal solución de todos los problemas uruguayos a la manera neozelandesa, olvidan a veces advertir que Nueva Zelandia forma parte del Commonwealth y nosotros no; y que la tendencia al autoabastecimiento se divulga por todos los países europeos. Ya el trabajo rural no produce aquel alto margen de plusvalía —en comparación con otros países— pues mientras la tecnología agraria avanzó considerablemente en el extranjero, en el país predominan las formas rutinarias de producción. Hoy, por último, contamos con un millón de habitantes más, a los cuales, de ningún modo, puede asegurarles trabajo el sector rural.

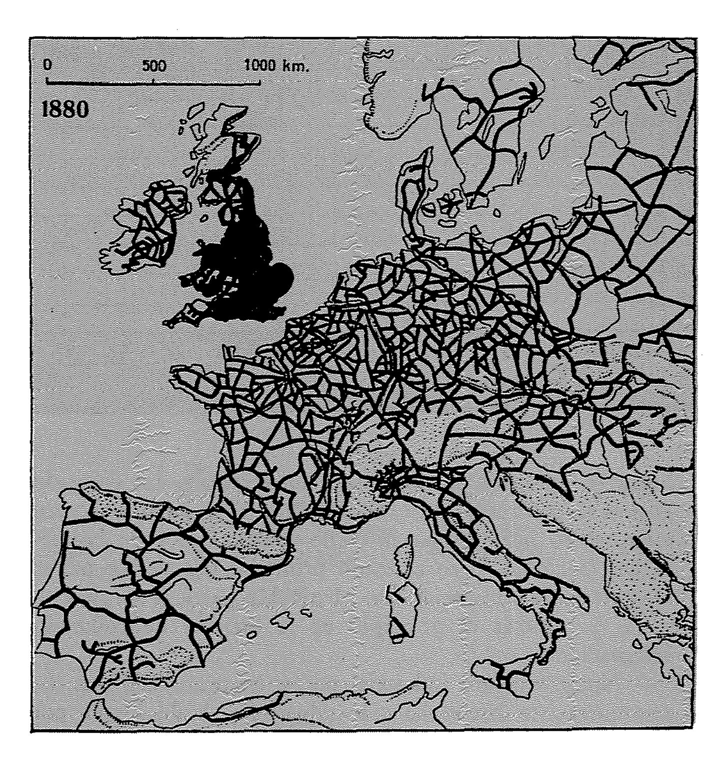
El camino de la integración

¿Cómo puede un país pequeño evitar los inconvenientes que origina su tamaño? Hoy no parece haber sino una respuesta: integrarse con otros países para formar una unidad económica de tamaño suficiente. En América Latina esta solución se ve favorecida porque no hay ningún país que alcance la dimensión óptima: ni aún los grandes —Brasil, México, Argentina— pasan de ser, como dice Methol, tuertos entre ciegos; todo el continente soporta las consecuencias de la compartimentación colonial. La escala de producción óptima actual exige mercados de 200 millones de habitantes, y hoy las plantas no se diseñan de acuerdo con las medidas del mercado, sino que es éste el que debe adaptarse a aquellas: el Mercado Común Europeo es la prueba de que la realidad técnico-económica es capaz de forzar barreras políticas más arraigadas que las de Latinoamérica, para lograr un área de demanda suficientemente extensa. La Alalc, en cuanto intención, constituye el reconocimiento de estos hechos.

Pero la Alalc, por ahora, no pasa de ser una buena intención de salvar el obstáculo creado por la organización colonial de América Latina. "Las economías de los distintos países de la región —dice «The Economist»— especialmente en cuanto concierne a manufacturas, son mucho más competitivas que complementarias. El proceso de industrialización ha introducido variaciones en la composición de las importaciones, pero, en general, no ha modificado profundamente el esquema de vinculaciones económicas tradicionales instauradas a fines del siglo pasado. Las áreas productoras siguen estando principalmente articuladas a los puertos de embarque: las economías individuales de Latinoamérica siguen estando atadas más fuertemente con los mercados de los Estados Unidos o Europa que entre sí".[15]







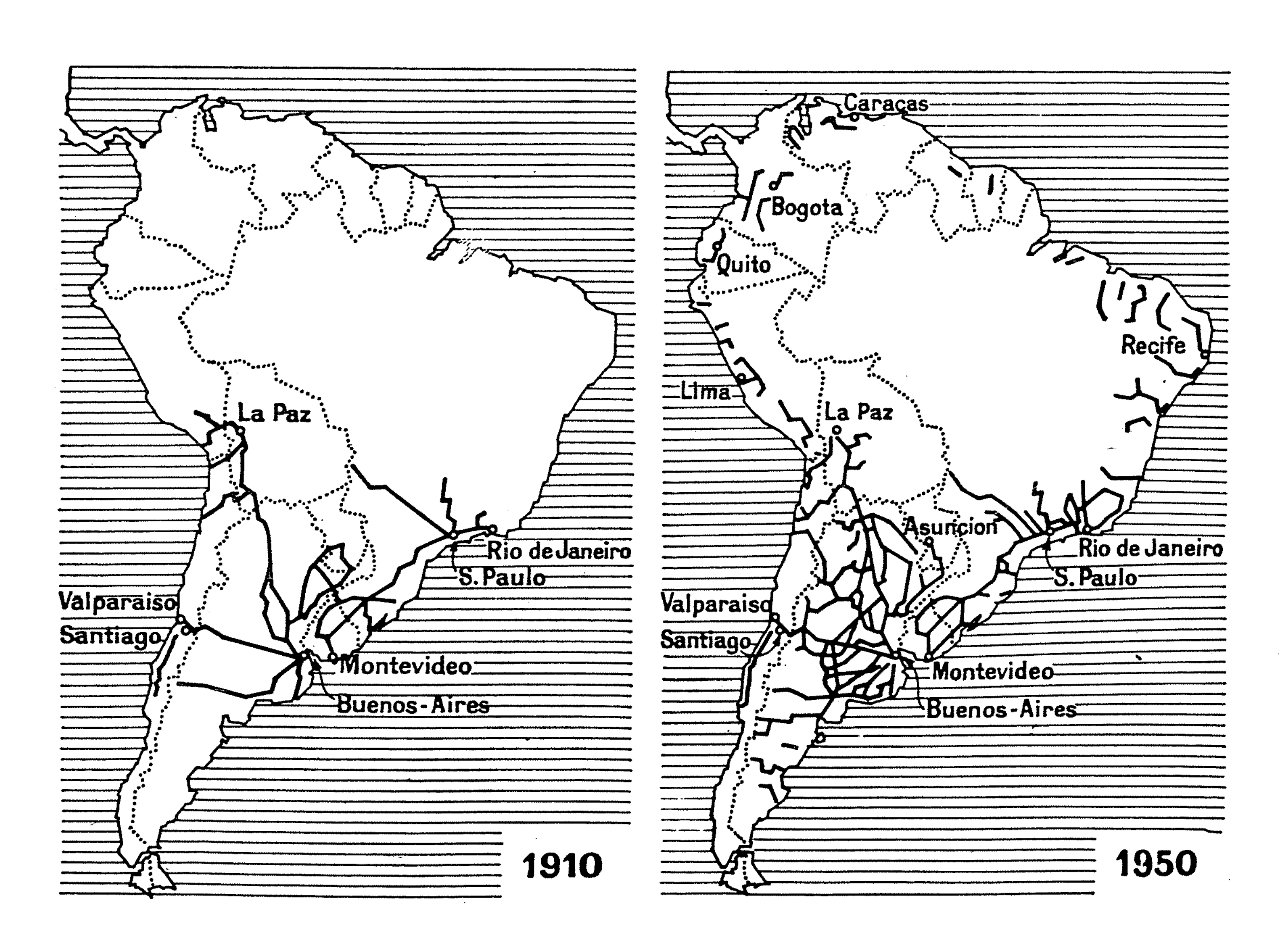
La historia del desarrollo ferrocarrilero de Europa es en cierto modo la premonición de su mercado común.

De este primer obstáculo puede derivarse uno segundo y, quizás, más grave. Dada la naturaleza competitiva de sus actividades, los empresarios latinoamericanos bien saben que la integración acarreará la ruina o la desaparición de muchos, por cuyo motivo la apoyan en cuanto se refiere a introducir en la región nuevas actividades industriales, pero prefieren postergarla en cuanto afecta a las que ya se cumplen. Comenta "The Economist": "La realidad es que la integración corre así el riesgo de reducirse a una competencia entre grupos por apoderarse de los recursos financieros canalizados por los organismos internacionales de crédito para la constitución de empresas multinacionales. Es difícil aceptar la idea de que la gran empresa latinoamericana puede surgir al margen de un proceso de fusión y racionalización de las ya existentes. Ninguna se aproxima al tamaño óptimo de las empresas internacionales".[19]

¿Quién promoverá, pues, la integración latinoamericana? El problema de técnica económica desemboca en uno social y político; si la actual clase dirigente, la burguesía empresaria de América Latina, no quiere la integración de las actividades existentes, no basta invocar el pensamiento de nuestros próceres ni la radical unidad de los pueblos del continente, para cumplir dicho proyecto. Sin sustituir a esta clase, atrincherada en los compartimientos coloniales para proteger sus intereses, la integración no parece viable —salvo que sea impuesta desde fuera.

Es significativo el apoyo que los EE.UU. prestan a la Alalc, motivados, según "Business International", por las siguientes razones: "Lo importante es ayudar a América Latina a desarrollar una economía capaz de sustentar un nivel de vida más alto. Si ello se realiza a través de la integración económica, sin duda que las exportaciones tradicionales de Estados Unidos habrán de sufrir, pero el total de exportaciones norteamericanas hacia el sur aumentarán, tal como ocurrió con la Comunidad Económica Europea".[20]

Cabe puntualizar que no fueron sólo mercaderías lo que exportó EE.UU. a Europa sino también capitales, pues ni aún el poderoso Mercado Común ha escapado a la in-



La misma historia de América Latina preanuncia la balcanización y el aislamiento.



Tropas peruanas ocupan las petroleras norteamericanas de Talara. Unico camino para la integración independiente

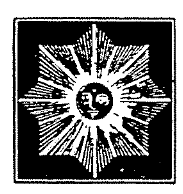
fluencia del centro mundial del capitalismo imperialista. Nada más elocuente que la opinión de "The Economist": "Por una vez, la experiencia de la CEE debiera servir de advertencia a la clase empresarial latinoamericana. Como se dijo en una mesa redonda organizada por el BID en el mes pasado «en el marco del Tratado de Roma se tuvo la esperanza de que se crearía una entidad que plasmaría decisiones: la corporación europea, surgida de fusiones que rebasarán fronteras, y constituida conforme a una escritura europea, con verdadera dimensión regional y no nacional; esa aspiración no llegó a colmarse, y las empresas internacionales estadounidenses han asumido gran parte de este cometido»".[21]

Conviene recordar que los países latinoamericanos fueron organizados por las metrópolis española y británica como eficaces productores de materias primas, pues tal era la función primordial que cumplían los dominios durante la fase del capitalismo colonial —y un país puede producir muy eficazmente materias primas aunque su dimensión no sea grande. Pero cuando el capitalismo alcanza la fase imperialista, cuando la técnica de producción exige mercados vastos, es necesario ampliar los límites de los países pequeños para dar cabida al excedente de capital que no encuentra oportunidad de inversión en la metrópoli.

También están interesados en la integración, por supuesto, los grupos que esperan "apoderarse de los recursos financieros canalizados por los organismos internacionales de crédito para la constitución de empresas multinacionales"; y los que, en actitud menos ambiciosa y más realista, simplemente aspiran a representar los intereses de los mandantes metropolitanos.

No es ésta la integración que conviene a Latinoamérica, la impuesta desde fuera para acentuar su dependencia, para racionalizar su explotación por el capitalismo monopólico; ni son los actuales grupos dirigentes latinoamericanos, los que cuidan sus intereses al socaire de banderas "nacionalistas", quienes cumplirán la magna empresa.

El camino de la integración independiente de América Latina apenas ha sido iniciado; la historia del continente alienado y escindido, a partir de una pura negatividad, está por alcanzar el momento de negar la negación; los pueblos americanos recién comienzan a edificar esa primaria y radical unidad que resulta de enfrentar a un enemigo común.



NOTAS

1 Roberto Ares Pons: *Uruguay: ¿provincia o nación?;* Ed. Coyoacán, 1961. Es un ensayo premiado en el concurso organizado por el semanario "Marcha" en 1959 sobre el tema "Destino de la nacionalidad uruguaya".

2 Alberto Methol Ferré: *Uruguay como problema;* Ed. Diálogo, 1967. Es la respuesta a la pregunta, formulada por el Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas, "¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?".

3 Luis Carlos Benvenuto: *Breve historia del Uruguay;* Ed. Arca 1967, pág. 94.

4 A. Methol, *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico,* colección "La Siringa", 1959, pág. 14. Una opinión análoga a la de Methol sostiene Benvenuto en la *Breve historia...* citada, pág. 87.

5 V. I. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Ed. Progreso 1966. Obras escogidas, T. I. pág. 762.

6 Op. cit. pág. 19.

7 Cf. Ares Pons, op. cit. pág. 21.

8 "Es decir que los precios bajos que se arrastraban de una época en que determinado renglón era desaprovechado y por lo tanto no se comercializaba ni industrializaba, posibilitaron, al comenzar la explotación, altas ganancias que paulatinamente se iban reduciendo, hasta que la apertura de una nueva línea de exportaciones permite recomenzar otro ciclo" (Benvenuto, op. cit. pág. 83).

9 Cf. Alberto Baltra: *Crecimiento económico de América Latina,* Ed. del Pacífico, 1964, pág. 43.

10 C. Marx: *El Capital;* F. de C.E., T. III, pág. 236.

11 Paul A. Baran: *"La economía política del crecimiento";* F. de C. E., 1967, pág. 105.

12 Maurice Dobb: *"Economía política y capitalismo";* F. de C. E., 1961, pág. 158.

13 Pablo Franco: *"La influencia de los EE.UU. en América Latina"* Ed. Tauro, 1967, pág. 18; la fuente del cuadro es Paul Baran y Paul Sweezy: *"Notas sobre la teoría del imperialismo".* Monthly Review, Selecciones en castellano, Nº 31, abril de 1966.

14 Cepal: *"El financiamiento externo en el desarrollo económico de América Latina",* pág. 137.

15 Op. cit. cuadros IV-10 y IV-11.

16 Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración: *El proceso económico del Uruguay. Contribución al estudio de su evolución y perspectivas.* Fundación de Cultura Universitaria, 1969, pág. 145.

17 Según T. Scitovsky: *Comercio internacional e integración económica como medio para eliminar la desventaja de una nación pequeña",* en "Economic problems of the size of nations", N. Y. 1968.

18 *The Economist.* Edición para América Latina *"Alalc y las viejas estructuras".* 16 de junio de 1967.

19 *Ibidem. "Los Andes no bastan".* 15 de mayo de 1968.

20 Documento informativo *"Mesa Redonda Latino-Americana de Business International",* Montevideo, 3 de agosto de 1963. Citado por Pablo Franco, op. cit., pág. 36.

21 *The Economist.* Artículo citado: *"Los Andes no bastan".*

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

BARAN, Paul A. — *La economía política del crecimiento.* México, Fondo de Cultura Económica, 1967.

BARAN, Paul A. y SWEEZY, Paul. — *Notas sobre la teoría del imperialismo.* Monthly Review, Selecciones en castellano, Nº 31, abril de 1966.

CEPAL. — *El financiamiento externo en el desarrollo económico de América Latina.* Nueva York, 1964.

INSTITUTO DE ECONOMIA. — *El proceso económico del Uruguay. Contribución al estudio de su evolución y perspectivas,* Montevideo, F. C. U., 1969.

LENIN, V. I. — *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Ed. Progreso, Obras Escogidas, T. I.

MAGDOFF, HARRY. — *Economic aspects of U. S. imperialism.* Monthly Review Press. 1966 (Reprinted from, Vol. 18, Nº 6, of M. R. november, 1966).

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

* Números ya publicados.

El próximo martes aparece

Enciclopedia No. 55

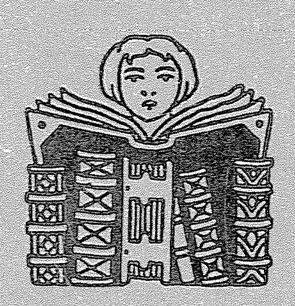
La crisis económica

El economista Luis A. Faroppa analiza la actual crisis económica y sus causas: la insuficiencia de la producción, la inflación de costos y precios, la descapitalización de los patrimonios públicos y privados, la organización de la banca y la intensificación de la dependencia.

Cuaderno No. 55

Poemas de la oficina y otros expedientes

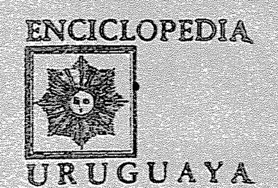
La "rebelión de los amanuenses" encontró en Mario Benedetti el riguroso poeta testimonial, pero también su analista crítico reconocido y el narrador que la interpretó sagazmente. De los "Poemas de la oficina" a los comentarios humorísticos, aquí se reúnen las piezas capitales de este gran proceso de nuestra cultura.



Ya están en venta las tapas de los tomos 1, 2, 3 y 4 para que Ud. mismo encuaderne su colección de Enciclopedia Uruguaya. Solicítelas a su proveedor habitual.

1 enciclopedia + 1 cuaderno

$ 120.—



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis C. Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del papel). Noviembre de 1969.